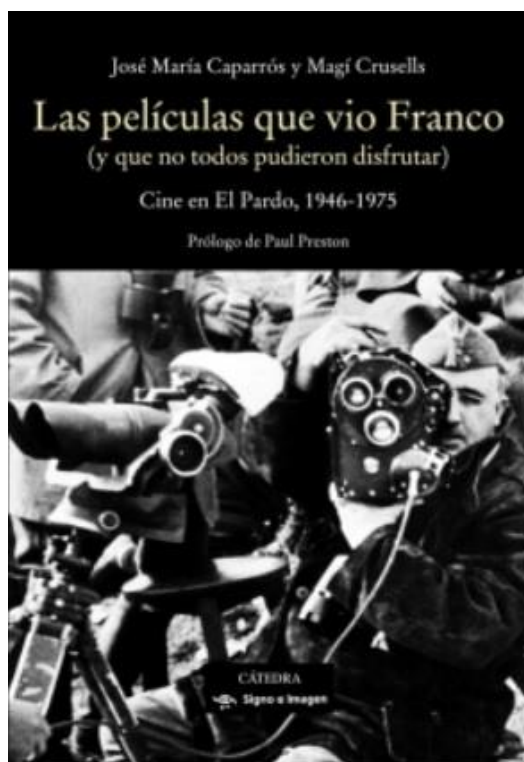


## BOOK REVIEWS



### ***Las películas que vio Franco (y que no todos pudieron disfrutar)* de José María Caparrós y Magí Crusells**

Por GLORIA CAMARERO

En marzo de 2018, la editorial Cátedra, en su colección «Signo e Imagen» publicaba *Las películas que vio Franco (y que no todos pudieron disfrutar)*. *Cine en El Pardo, 1946-1975*, que es el último libro de José María Caparrós y en el que había puesto mucha ilusión. Lo realizó con su discípulo Magí Crusells y llegó a verlo ya editado, poco antes de dejarnos.

Decía que el profesor Caparrós había puesto mucha ilusión en este proyecto y no era para menos. Hacía ya algunos años que, junto con Crusells, había encontrado en el Archivo General del Palacio Real de Madrid un material inédito y de gran interés: Las invitaciones a las sesiones cinematográficas realizadas en la residencia oficial del Dictador, desde

enero de 1946 hasta el 12 de octubre de 1975, con la programación de las mismas. La presentación y el análisis detallado de esos documentos constituyen la base del libro y explican un sinfín de aspectos desconocidos.

Sabíamos que Franco era cinéfilo y que su afición al cine la desarrolló desde distintas posiciones. Una fue la realización y ya en la década de los veinte, según indica Paul Preston en el prólogo, hizo sus propios filmes en 9,5 milímetros, con una cámara Pathe-Baby. Así filmó entonces sucesos cotidianos y algunos hechos históricos trascendentales, como la retirada de Xauen, en 1924. Siguió filmando y todavía en los sesenta, tomó imágenes familiares en el Pazo de Meirás o en el Azor, durante las vacaciones estivales. Igualmente, hizo las veces de «actor» y, en 1926, intervino en la película de Francisco Gómez Hidalgo, *La malcasada*, junto con otros militares africanistas, como Millán Astray, toreros (Juan Belmonte) escritores (Torcuato Luca de Tena o Concha Espina) y cantantes líricos (Miguel Fleta).

Además, el medio cinematográfico fue ocio en su vida personal y está documentado que, en 1925, cuando después de desembarco de Alhucemas, se instala en Madrid, va al cine dos o tres veces por semana, siempre por la tarde y en compañía de su mujer. Pero, también lo concibió como un poderoso medio de propaganda y correa de transmisión de sus valores ideológicos, que impulsó desde el poder. No hace falta recordar aquí lo que significó el NO-DO o la sublimación de su personalidad que hace en la figura de José Churruga, el personaje creado por él, en *Raza*.

Todas estas cuestiones eran conocidas antes de la publicación del libro que nos ocupa. Estaba también constatado que en El Pardo se hacían

pases privados, pero no se sabía el contenido de los mismos. Por lo tanto, los gustos cinematográficos de Franco y qué filmes veían en aquellos actos era un enigma, a diferencia de lo que pasaba con otros dictadores, también cinéfilos, que organizaban, igualmente, sesiones de cine y si estaban publicadas sus programaciones.

Teníamos constancia que Benito Mussolini, en su residencia privada de Villa Torlonia, contemplaba la mayoría de las películas que llegaban a las salas comerciales. Los títulos concretos figuran en *Mussolini secreto. Los diarios de Claretta Petaci 1932-1938*. Sorprende que estén algunos de los prohibidos para el resto de los italianos en aquel tiempo, como el pacifista *Sin novedad en el frente* (1930) o el ejemplo más representativo del cine revolucionario soviético: *El acorazado Potemkin* (1925). Seguramente, dentro del conjunto que visionaba, su *Escipión el Africano* (1937), donde había hecho una translación de personalidad con el protagonista, similar a la que haría Franco en *Raza*, debió estar entre sus preferidos.

La afición de Adolf Hitler por el cine no era menor y está documentado que veía películas todos los días. Lo hacía en pases privados, programados en la Cancillería o en su residencia de Obersalzberg. Emeterio Diez Puertas en el estudio preliminar del trabajo de Caparrós y Crusells (*Cuatro dictadores frente al cine*) aporta los contenidos de los mismos. No debió faltar *Metrópolis* (Fritz Lang, 1926), que fue una de sus favoritas y cuyo guion escribió el propio director y su mujer entonces, Thea Von Harbou, muy vinculada al nazismo. Tal vez, esa admiración del Führer por la obra de Lang hizo que le propusiera para un cargo importante en la cinematografía nazi. No aceptó. Dejo Alemania y a su mujer, y marchó a Estados Unidos, donde tendría una

brillante carrera y dio muestras de su total alejamiento con todo lo que pudiese recordar el nazismo. Prueba de ello fue su conocido manifiesto antinazi, *Los verdugos también mueren* (1943), que contó con la participación de Bertolt Brecht en el guion.

Stalin tampoco se quedó atrás. Tenía una sala de cine en todas sus residencias y el ataque cardiovascular que terminó con su vida, le sobrevino en una de esas sesiones, la noche del 28 de febrero de 1953. Lo que se proyectaba en estas, básicamente entre 1939 y 1953, se conoce y lo publicó su operador de cabina, Iván Sanshin, en unas memorias, llevadas a la pantalla en *El círculo del poder* (1991). Nos lo recuerda Diez Puertas en las páginas citadas y también el título de su filme predilecto: *Volga Volga* (1939).

No había un estudio similar en el caso de Franco. De ahí la importancia del libro de José María Caparrós y Magí Crusells. *Las películas que vio Franco (y que no todos pudieron disfrutar). Cine en El Pardo, 1946-1975*, cubre ese vacío. Es un texto fundamental, necesario e imprescindible. Basado en fuentes primarias, en las programaciones de las sesiones cinematográficas que veía el Caudillo, da respuesta a muchas preguntas. Desmiente cuestiones preconcebidas que no estaban comprobadas y confirma otras.

El grueso del mismo, lo constituye el capítulo *Las sesiones en el Palacio de El Pardo* (pp. 63-152). Constata que Francisco Franco vio en las sesiones privadas realizadas en su residencia oficial la nada desdeñable cantidad de unos dos mil filmes, entre 1946 y 1975. Se hacían dos días a la semana, en horario de tarde, y confirma que a partir de los años sesenta, disminuyeron, evidentemente, ante el poder de la televisión. Se celebraban en lo que había sido el Teatro de Carlos IV

del Palacio de El Pardo, ahora previsto de pantalla para la ocasión, y asistía el matrimonio acompañado por unos pocos invitados. Podían ser su familia directa (hija, yerno e, incluso, nietos en la proyección de películas infantiles o de dibujos animados) y, más frecuentemente, alguna pareja cercana de amigos, como los Carrero Blanco, los Nieto Antúnez o los Arias Navarro, después.

Pero la gran aportación del libro es ofrecernos los programas de esos pases. Todos empezaban con los últimos números del NO-DO y, en algún supuesto excepcional, con los todavía sin estrenar. Seguía a continuación el visionado de un documental monográfico y ya después del descanso, que incluía merienda, igual que en las sesiones de Stalin en el Kremlin, se pasaba un largometraje comercial. Saber cuáles fueron estos es, sin duda, el punto fuerte de la investigación y permite sacar conclusiones, con frecuencia, sorprendentes.

Demuestra que su Excelencia vio más cine extranjero que español y dentro del extranjero, predominó el norteamericano. Los géneros más visionados fueron la comedia, el drama, el policiaco y el musical. Niega, así, con datos fidedignos, la idea preconcebida de qué a Franco, lo que más le gustaba era el cine del Oeste y el bélico. La realidad de las fuentes aquí presentadas relega estos al séptimo y el octavo lugar, respectivamente. Los directores estadounidenses más presentes fueron los grandes nombres de Hollywood, como Hathaway, Koster, Negulesco, Curtiz, Ford, Wilder, Minnelli, y, por supuesto, Hitchcock. Dentro de los españoles, es cierto que centró sus preferencias Rafael Gil, amigo personal de Carmen Polo, junto con otros afines al Régimen: Lazaga, Sáenz de Heredia o Juan de Orduña; pero estuvieron

también Buñuel o los representantes del llamado «cine de la disidencia» como Bardem o Berlanga. Se exhibió *Muerte de un ciclista* (1955) del primero, pero nunca *El verdugo* (1963), del segundo. Todo ello, junto con los títulos concretos proyectados y los listados de actores y actrices, nacionales e internacionales, más visibles en los pases de El Pardo, se especifica en cuadros y datos estadísticos, elaborados por los autores, que resultan de gran utilidad para el lector.

Por lo tanto, puede afirmarse que el Generalísimo visionaba en sus sesiones privadas los mismos filmes que el resto de los españoles en las salas de cine. Pero, hay excepciones muy destacables, que enumeran con detalle los artífices del texto. La primera es que, muchas veces, los veía antes que estos y sin haber pasado aún la censura. Sorprende saber que se le proyectasen todavía sin cortes, *Lo que el viento se llevó* (1939), *Casablanca* (1942), *Love Story* (1970) o *Cabaret* (1972), entre otros muchos; y, muy especialmente, algún ejemplo cumbre de nuestro popular «cine del destape», con *Tocata y fuga de Lolita* (1974), a la cabeza. Además, vio los que sus compatriotas no pudieron ver en aquellos años, es decir, lo que «no todos pudieron disfrutar», según indica el título del libro que reseñamos. Me refiero al caso de la *Viridiana* de Buñuel, que Caparrós y Crusells explican ampliamente. Constatan que se proyectó en El Pardo el 4 de julio de 1961, cuando ya habían estallado las descalificaciones de *L'Osservatore Romano* y se había prohibido su exhibición en España. No sólo se había prohibido, se había invalidado, con efecto retroactivo, el permiso de rodaje, con lo cual era una película «nunca rodada» y, a tales efectos, inexistente. Se autorizó su exhibición en el territorio nacional mucho después, el Sábado Santo de

1977, el mismo día que se legalizó el Partido Comunista. A partir de aquel 2 de abril, los españoles pudimos verla en nuestro país. Francisco Franco lo había hecho 16 años antes. Algunos interpretan que quiso visionarla, para saber el porqué de los ataques de la prensa vaticana y si era tan demoledora la recreación de la *Santa Cena* de Leonardo, con un mendigo ciego y borracho en el lugar de Cristo, que hizo Buñuel en una de sus secuencias más famosas.

*Las películas que vio Franco (y que no todos pudieron disfrutar)*. Cine en El Pardo, 1946-1975 incluye prólogo de Paul Preston; el estudio preliminar, ya citado, de Emeterio Diez Puertas y el epílogo de Andreu Mayayo i Artal. Se completa, además, con un nutrido apéndice documental y los testimonios de tres personas que vivieron muy de cerca las sesiones de El Pardo: Juan Cobos Arévalo, mayordomo de la Casa Civil de su Excelencia el Generalísimo; Jaime Moreno Monjas, técnico cinematográfico y redactor de NO-DO y Jorge Palacio Aldea, uno de los operadores de cabina de las sesiones.

Estamos, en definitiva, ante un trabajo importante. Ha sacado a la luz fuentes que permanecían en el olvido y nunca se habían estudiado. Es un libro de lectura amena y, sin embargo, muy documentado, que permite conocer lo desconocido: las preferencias cinematográficas de Franco y qué ejemplos vio en las proyecciones privadas de su residencia oficial durante casi treinta años. Reitero que estudios similares existían en los casos de Mussolini, Hitler o Stalin, pero no en el del dictador español. Salda una deuda y se convierte en una aportación más que recomendable. Creo, sinceramente, que no defraudará a nadie.

**CAPARRÓS, José María y CRUSELLS, Magí**, *Las películas que vio Franco (y que no todos pudieron disfrutar)*, Madrid: Cátedra, 2018, 308 páginas. Colección Signo e Imagen.